

y novillos para los sacrificios, los que vendían palomas habían llevado sus jaulas a otros sitios.

En cambio en cuanto el Señor se presentó en los atrios y la gente se le fué reuniendo a escuchar su palabra y su evangelio, fueron apareciendo los príncipes de los sacerdotes y los escribas y los ancianos. Y juntándose todos ellos, y después de haberse puesto de acuerdo y conferenciado unos con otros, estando Jesús enseñando y evangelizando al pueblo, se le acercaron y le dijeron:

«—Dinos, con qué autoridad haces estas cosas? o quién es el que te ha dado poder para hacer eso?»

Aludían evidentemente a lo que había hecho el día anterior arrojando del templo a los negociantes, y arrogándose poder para disponer de la Casa Santa, de que solo parece que podían disponer los sacerdotes y príncipes.

No quiso responder directamente Jesucristo, sino empezando a usar con ellos de aquella destreza de que siempre, pero singularmente en este día dió muestra, les respondió:

«—Yo también voy a preguntaros una cosa, y si me la decís, yo también os diré con qué poderes hago lo que hago. Respondedme: El bautismo de Juan ¿de dónde era? ¿del cielo o de los hombres?»

En gran aprieto les ponía esta pregunta inesperada del Maestro, que los convertía de repente, en vez de acusadores como venían, en reos del mismo a quien querían acusar. Y dice el Evangelio: «Pusiéronse a pensar entre sí, diciéndose: Si decimos que del cielo, nos dirá: Pues ¿por qué no le creísteis? Y si decimos que de los hombres, tememos al pueblo; toda la plebe nos va a apedrear; porque están persuadidos de que Juan era profeta».

En fin, después de haberlo pensado echaron por la calle de enmedio, diciendo:

«—No sabemos.

Jesús también se fué por la misma calle y les dijo:

«—Tampoco yo os digo con qué poderes hago lo que hago».

Tremendo fué el desaire y profundo el bochorno que semejante salida debió causarles. Mucho debió celebrar el pueblo la destreza de Jesucristo y el primer triunfo de aquel

día memorable. No dejó Jesús la ocasión de la mano, y prosiguió diciendo.

224. PARÁBOLA DE LOS DOS HIJOS

(Mt. 21, 28-32)

«Y qué os parece? Un hombre tenía dos hijos, y va al mayor y le dice: Hijo, vete hoy a trabajar en mi viña. Y el hijo respondió diciendo: No me da la gana. Pero luego arrepentido se fué.

»Pero va el padre al otro y le dijo lo mismo. Y este respondió diciendo: Voy, señor. Pero no fué.

»¿Quién de los dos hizo la voluntad del padre?»

No cabía duda. Respondieron ellos como debían responder, sin saber a dónde iba la pregunta: «El primero».

Entonces Jesús tomó la mano y les dijo aplicándoles su respuesta:

»—En verdad os digo que los publicanos y las meretrices os preceden para el reino de Dios. Porque vino a vosotros Juan enseñando el camino de la santidad y no le creísteis; al paso que los publicanos y meretrices le creyeron. Y vosotros, ni aun viendo esto, os arrepentisteis después para creerle».

Si antes habían quedado abochornados, con esta parábola debieron quedar del todo confundidos. Y ya que ellos no quisieron decir el origen del bautismo de Juan, se lo dijo él bien claro ahora.

Dejólos así el Señor sin palabra y volvióse a la plebe y les propuso una parábola.

225. PARÁBOLA DE LA VIÑA

(L. 20, 9-19; Mc. 12, 1-12; Mt. 21, 33-46)

«Oid otra parábola.

»Erase un señor que plantó una viña, y la cercó de un vallado, y cavó en ella un lagar, y le puso una torre, y la arrendó a unos labradores y se fué, y estuvo lejos mucho tiempo. Y cuando llegaron los días de la vendimia, envió a los labradores un criado para cobrar los frutos de la viña.

Mas los labradores le cogieron, le pegaron, y le despidieron con las manos vacías.

»Mandóles de nuevo otro criado. Pero ellos descalabrarón también a éste, le hirieron, le cubrieron de insultos y lo despidieron también vacío.

»Alargóse a enviarlos el tercero, y también lo apalearon y lo echaron y le mataron.

»Envióles todavía otros criados muchos más que los primeros, y les hicieron lo mismo a todos ellos: a éste apalearon, a aquél mataron, al otro apedrearon.

»Dijo entonces el dueño de la viña: Qué haré? Y como le quedaba todavía un hijo queridísimo, mandóselo el último de todos, diciendo: Le voy a enviar a mi amado hijo; quizás cuando vean a este hijo mío, le tendrán respeto.

»Mas los labradores viendo al hijo se dijeron: Este es el heredero; vamos, le matamos y cojemos su herencia.

»Y cogiéndolo lo echaron fuera de la viña, y lo mataron.

»Pues qué hará el dueño de la viña a esos labradores cuando vuelva?

»Dícenle: Acabará miserablemente a esos miserables y arrendará su viña a otros labradores que le paguen la renta a sus tiempos».

La respuesta era bien terminante y necesaria. Confirmóla Jesús, y le dijo:

«Vendrá y destruirá a esos colonos y dará a otros su viña.

»Oyendo esto, dijeron ellos: No sea así».

Es que habían entendido bien lo que quería decir el Maestro. Veían claramente que aludía a la viña que simbolizaba al pueblo de Israel, de la que cantó Isaías:

«Voy a cantar para mi amado el cántico de mi amado acerca de su viña.
Mi amado tenía una viña en una fértil colina.
La cercó, la limpió de piedras, la plantó con cepas escogidas,
Edificó una torre en medio, y cavó un lagar.
Y esperaba que le diese uvas y le dió agraces!
Juzgad entre mí y mi viña, habitantes de Jerusalén y hombres de Judá.
¿Qué más debí yo hacer a mi viña que no lo haya hecho?
Pues ¿por qué, esperando yo uvas, me ha dado agraces?»

Precisamente a la entrada del nuevo Templo alzábase una enorme cepa de oro, símbolo de la casa de Israel, tan-

tas veces usado por los profetas. Por eso todo el pueblo entendió al punto las alusiones del Maestro. La viña era la nación de Israel con todas sus gracias, colmada por su Señor Jehová de tantos privilegios, y confiada por él a los sacerdotes a los príncipes y al pueblo. Debía esperar el Señor que de esta viña le diesen los judíos frutos de gratitud y de virtudes. Mas ¡ay! no le daban nada. Lejos de eso le daban desabridos agraces. En cambio a los enviados que él les mandaba los maltrataban. Maltrataron a Elías, mataron a Isaías, apedrearon a Jeremías, dieron muerte a Ezequías, y como dice San Pablo, de todos los criados que mandó Jehová «unos fueron apaleados, otros pasaron escarnios y azotes, prisiones y cárceles, fueron apedreados, aserrados, probados, atravesados de espada, o viéronse forzados a andar errantes vestidos de zamarras y pieles de cabras, necesitados, afligidos, vejados...»

El último que les envió Jehová fué Juan Bautista, que fué degollado.

Entonces les envió su Hijo muy amado, que era el que hablaba, y... allí estaban los sacerdotes y príncipes que ya habían decretado su muerte, y se habían dicho: Venid, este es el heredero que nos quiere quitar a nosotros nuestra supremacía y el poder e influjo que tenemos en la viña. Acabemos también con éste, no sea que por él perdamos nosotros nuestro principado».

¿Qué hará con éstos el Señor? Los perderá miserablemente; y la viña, las gracias y privilegios del pueblo de Dios pasarán a las gentes, a otros dueños que den a Jehová más fruto.

«¡No sea así!» dijo el pueblo. Si los que así hablaban eran los príncipes, creerían que no iba a suceder lo que el Maestro profetizaba. Si los que lo decían eran la plebe, diríanlo aterrados de la profecía de Jesús. Parece más bien que lo dijeran los príncipes con tono de incredulidad y desdén irónico, como quien dice: ¡No será tanto! Porque el Maestro volvió a ellos sus ojos, y «mirándolos les dijo:

»—Pues qué es aquello que está escrito: La piedra que desecharon los que edificaban ha sido puesta como piedra angular? Esta es la obra del Señor, cosa maravillosa a nuestros ojos!»

Aludía el Maestro al salmo 117, salmo precioso, en que al ir en procesión triunfal en llegando al dintel del Templo decía el que guiaba, símbolo del Mesías, que venía conduciendo a su pueblo:

Abrios, puertas de la santidad,
Para que entre y alabe a Jehová.

Y decían los sacerdotes:

Esta es la puerta de Jehová,
Pueden entrar por ella los justos.

Y respondía el que guiaba, dirigiéndose a Jehová:

Te doy gracias porque me has oído
Y porque me has salvado,
La piedra desechada por los que edificaban
Se ha convertido en piedra angular.

Y cantaban a coro los sacerdotes:

Esta es obra del Señor.
Es cosa admirable a nuestros ojos.

Y todo el pueblo entrando detrás de su jefe el Mesías por la puerta de Jehová, por donde solo podían entrar los justos, cantaban a coro:

¡He aquí el día que hizo Jehová!
¡Alegrémonos y regocijémonos en él!
¡Jehová da la salvación!
¡Jehová da la prosperidad!

Y los sacerdotes, vueltos al guía que acababa de entrar, decían:

¡Bendito sea el que viene en nombre de Jehová!
¡Os bendecimos desde la casa de Jehová!

Preciosa alegoría y profética representación de la redención hecha por el Mesías. El había sido desechado, como piedra inútil, por los que edificaban y cuidaban la casa santa de Israel, pero Jehová había de hacer de él la piedra escogida, la piedra angular, la piedra fundamental, que se pone en el sitio más importante.

Y para que los que al edificar la casa lo desechaban, su-

piesen mejor lo que hacían, les añadió con gravedad recopilando todo lo que venía diciendo:

«Así, pues, os digo que se os quitará el reino de Dios, y será dado a gente que rinda su fruto. Y todo el que caiga sobre esa piedra, será despedazado, y sobre quien ella cayera será desmenuzado.

«Y oyendo los príncipes de los sacerdotes y los fariseos estas parábolas, conocieron que se refería a ellos».

Y claro está, heridos, avergonzados, confundidos, no hallaban palabras para responder a aquellos argumentos contundentes que no tenían réplica y a aquellas semejanzas clarísimas como la luz. Pero la ira se amontonaba en su corazón, y sentían vivos impulsos de echarle mano allí mismo, y sujetarle y acabar de una vez con él, y es seguro, que si de ellos solos hubiera dependido, allí mismo y en aquel punto y hora se hubiera repetido la escena que el Maestro acababa de describir; allí mismo los labradores de la viña de Jehová hubieran destrozado al Hijo muy amado que después de Juan les había enviado el Altísimo, para ver si daban fruto y rendían renta de los favores que él les había hecho. Y por eso dicen expresamente los evangelistas:

«Y querían los príncipes de los sacerdotes y los escribas echarle mano en aquella hora, mas temieron a las turbas, porque le tenían por profeta».

Y no decidiéndose a un paso tan duro que les podía haber costado muy caro, apartáronse desdeñosos dejándole con sus turbas, para deliberar ellos más libremente sobre lo que habían de hacer.

«Y dejándole se fueron».

226. PARÁBOLA DE LA CENA NUPCIAL

(Mt. 22, 1-14)

Idos sus enemigos, siguió Jesús hablando y haciendo tiempo, como quien sabía que volverían luego, y entretanto que ellos deliberaban, él propuso esta otra parábola a sus oyentes:

«El reino de los cielos es semejante a un rey que celebró las bodas de su hijo, y envió sus siervos a llamar a los convidados a las bodas. Y no quisieron venir.

»Segunda vez mandó otros criados, a los cuales dijo: decid a los convidados: Ya he preparado mi banquete, mis toros y mis cebones están degollados y todo preparado. Venid a las bodas.

»Pero ellos no hicieron caso y se fueron, uno a su granja, otro a sus negocios; y los demás echaron mano de sus siervos, y después de insultarlos los mataron.

»Pues cuando lo supo el Rey se encolerizó, y enviando sus huestes destruyó a aquellos homicidas, y pegó fuego a su ciudad.

»Enseguida dijo a sus criados: Ya las bodas están preparadas; pero los invitados no eran dignos. Salid, pues, a las encrucijadas de los caminos, y a cuantos halléis, invítadlos a las bodas.

»Y salieron los criados a los caminos, y recogieron a todos los que hallaron, malos y buenos y se llenó la boda de allí a un hombre no vestido de vestidura de boda».

Se supone, pues los convidados eran pobres, que a todos ellos al entrar en el festín se les daba algún vestido de fiesta, por lo cual era gran desprecio el entrar sin él en el banquete. De otro modo el pobre hubiera podido responder que de dónde iba él a sacar semejantes lujos.

«Pero él quedó callado.

»Entonces dijo a los ministros el Rey: Atadlo de pies y manos y echadlo a las tinieblas de fuera. Allí será el llorar y rechinar de dientes.

»Porque muchos son los llamados, pero pocos los escogidos».

Y con esta sentencia tantas veces por él repetida terminó la parábola. Bien clara estaba y bien repleta de alusiones. El Padre Eterno había preparado las bodas de su Hijo con la humanidad. A ellas para colmarlos de felicidad, de buena ventura y de favores había llamado y convidado a todos sus amigos y predilectos, a los judíos, al pueblo suyo escogido. Pero ya se estaba viendo, todos estos, los príncipes, los sacerdotes, el pueblo de Judea, por sus pasiones y concupiscencias, por su codicia y soberbia despreciaban estas bodas, y rehusaban entrar en el Evangelio, en el festín de las bodas, y todavía después habían de rehusar con más

ignominia maltratando a los siervos que los habían de llamar a la Iglesia, martirizando y matando a los Apóstoles y discípulos de Cristo.

Entonces el Padre llama a los extranjeros, a las gentes, a aquellos que respecto de los judíos, eran los mendigos de su religión, y que vivían lejos del pueblo de Dios, en los caminos, y estos entran en la Iglesia, recibiendo antes la gracia de Dios, con sincero corazón y pura intención, por la cual y el bautismo Dios da gratis la fe y el vestido de la gracia.

Así, conforme a esto, decía una vez San Pablo a los judíos de Antioquía de Pisidia que le acababan de llenar de injurias y amenazas: «A vosotros en primer lugar teníamos que predicar la palabra de Dios; mas puesto que la rechazáis, y no os juzgáis a vosotros mismos dignos de la vida eterna, desde ahora nos volvemos a los gentiles».

Todos los judíos habían sido llamados, y ¡cuántas veces y por cuántos modos llamados! Pero pocos habían de ser los escogidos, porque como decía el mismo San Pablo explicando con sumo dolor este misterio en su carta a los Romanos: «los gentiles que no buscaban la justicia, hallaron la justicia, que nace de la fe; al paso que Israel que seguía la ley de justicia, no llegó a la ley de la justicia, porque no la buscaba por fe; y tropezaron en la piedra de escándalo, según lo que estaba escrito: Mirad que pongo en Sión una piedra de tropiezo, una piedra de escándalo, y quien cree en él no será confundido».

¡Dichoso el que oye a Jesús y le cree y le sigue al convite!

Los príncipes y sacerdotes, lejos de creerle, estaban maquinando para destruirle y tropezar con él para su ruina. Ya se iban acercando para poner en práctica sus planes y tentar de nuevo a Jesús, como vamos a ver.

227. AL CÉSAR LO DEL CÉSAR Y A DIOS LO DE DIOS

(L. 20, 20-26; Mc. 12, 13-17; Mt. 22, 15-22)

Mal iba saliendo este día para los fariseos. En muy mal concepto iban quedando con las parábolas del Maestro. Mucho tuvieron que morderse los labios y estrujar el cora-

zón viéndose en público derrotados ellos que con tan decidido empeño habían venido a humillar y confundir al Nazareno y preparar su definitiva condenación.

Después de las últimas parábolas se habían retirado como pudieron. Pero llevando en su corazón el deseo y la mala intención de volver a enredarle. Para lo cual apartados del sitio en que estaba Jesús, pusieron a deliberar sobre lo que harían para cogerle.

Y llamaron a algunos de sus discípulos, los instruyeron, los unieron con algunos herodianos, mandáronles fingirse los santos, y hacer cuanto supiesen para cogerle en algunas palabras y entregarle después por ello al principado y al poder del Presidente.

No eran de suyo los fariseos amigos de los partidarios de Herodes; antes al contrario los herodianos por lo mismo que se inclinaban más del lado de Roma, y aun sin eso, por el apoyo que daban a la realeza de Herodes, debían ser enemigos de aquellos. Pero como eran más enemigos del Nazareno, fácilmente se unían a los fariseos para atacar a Cristo. Además a los fariseos, aunque interiormente aborreciesen a los herodianos, les convenía en muchas ocasiones el favor de Herodes, así como a los herodianos la autoridad y crédito de los fariseos. De todos modos en esta ocasión unos se apoyaban a otros, y todos se conjuraban con el mismo fin de perder al Nazareno.

Adelantáronse, pues, juntos, con aspecto natural y continente humilde, mientras, como lo nota expresamente el Evangelio, los fariseos apartados estaban en acecho observando lo que pasaba. Y llenos de hipocresía comenzaron con un exordio adulatorio, diciendo:

«—Maestro, sabemos que eres veraz, y que hablas y enseñas con sinceridad, ni te importa de nadie, porque no atiendes a respetos humanos, sino que enseñas con verdad el camino de Dios. Así, pues, dinos ¿qué te parece? ¿Podemos dar tributo al César o no?»

La proposición estaba muy bien presentada, la red muy bien tendida. Apelaban ante todo a su imparcialidad, a su libertad en decir la verdad, a su sinceridad en todo lo que predicaba. Como diciéndole: otros no se atreverían a responder en la cuestión que vamos a proponerte; pero tú res-

ponderás, porque no tienes miedo a nadie, ni al César. ¿Es lícito o no lo es darle tributo?

La cuestión era muy controvertida entre los judíos, y constituía uno de los puntos más delicados de la política de entonces. El Maestro estaba expuesto, fuese cualquiera su respuesta: si decía que era lícito, escandalizaría y daría disgusto al pueblo; si decía que no era lícito ofendería a la autoridad y tal vez sería tratado de sedicioso y rebelde.

Orgullosos debieron quedar los noveles argumentantes, discípulos de los fariseos, de la destreza con que habían tendido el lazo, y tal vez se figuraron que el Maestro no podría escapar de él.

El Señor, penetrando con su mirada a través de aquellos rostros, en apariencia sencillos y hasta devotos, «sabiendo, dice el Evangelio, su astucia y su dolo, les dijo:

«—¿A qué me venís a tentar, hipócritas? Enseñadme la moneda del tributo.

»Ellos le presentaron un denario».

Era el denario del censo distinto de otros denarios y monedas. Por tener el del censo imagen de hombre, cosa prohibida y aborrecida entre los Israelitas, era usado para el tributo y para el comercio, pero no para los usos del Templo. Por eso el Maestro pedía determinadamente, como lo advierte San Mateo, habituado por su oficio a fijarse en estas cosas, *la moneda del tributo*, y no cualquiera moneda.

Y le debieron traer la moneda más ordinaria entonces para el tributo que era un denario con la efigie del rostro y la inscripción de TIBERIO CÉSAR AUGUSTO HIJO DEL DIVINO AUGUSTO por un lado, y por otro con su misma imagen sentada, y el título PONTÍFICE MÁXIMO.

Tomólo Jesús en su mano, y presentándoselo y señalándoles la imagen y la inscripción, les dijo:

«—¿De quién es esta imagen y esta inscripción?

»—De César—dijeron ellos.

»Entonces les respondió Jesús y les dijo:

»—Pues bien, dad al César lo que es del César, y lo que es de Dios a Dios».

Ya llevaban respuesta y mejor de la que ellos se esperaban, y más amplia que la que ellos buscaban. Atentos únicamente a cuestiones o de interés propio o de política y

arreglos temporales, olvidábanse de dar a Dios lo que era de Dios. Venían a preguntar maliciosamente al Maestro una cuestión con la que pensaban comprometerle ante el gobierno y la autoridad civil, y él no sólo rompía las redes y respondía sapientísimamente, de modo que nadie le pudiera coger, sino que además les recordaba que fuera del César y sobre el César tenían otro soberano al cual tenían que pagar también otro tributo, que debían, de la fe humilde, de la adoración sincera, de la obediencia y santidad. Por eso no sólo les dijo: dad al César lo que es del César, sino añadió: Pero dad también a Dios lo que es de Dios.

La respuesta produjo un efecto admirable y una sorpresa profunda, pues dice el Evangelio:

«Oyeron, mas no pudieron censurar su respuesta ante el pueblo, y maravillados de su contestación, callaron, y dejándole se fueron».

228. LOS SADUCEOS CONFUNDIDOS

(L. 20, 27-39; Mc. 12, 18-27; Mt. 22, 23-33)

Uno tras otro iba rechazando Jesús en aquel día a todos sus adversarios, sin que nadie chistase a sus respuestas, ni encontrase réplica a su doctrina. El verdadero Salomón estaba confundiendo a la humana sabiduría y humillando el orgullo judaico. Ya quedaban humillados los más sabios, los más presuntuosos, los fariseos y sus amigos. Pero aún no habían tenido ninguna cuestión ni encuentro con los saduceos.

No eran éstos gente que se preciase de sabidurías ni grandes conocimientos. Materialistas y aficionados a los bienes de este mundo formaban un partido del todo opuesto a los fariseos. Discípulos de un Sadoc, que no alcanza a precisar bien la historia, formaban un partido aunque no tan compacto y extendido como el de los fariseos, más rico y aristocrático, y ocupaban los más altos puestos sacerdotales. En tiempo de Jesucristo, Caifás, Anás y casi todos los que en el evangelio son designados con los nombres de Pontífices, Sumos sacerdotes y Príncipes, eran saduceos.

Esto que a primera vista es tan extraño no llamará la atención, si se considera que, como ricos, acomodaticios,

vividores, en una palabra, podían obtener más fácilmente el apoyo del Imperio Romano, a cambio de respetar el poder constituido. Conservadores del orden establecido odiaban todo lo que pudiera perturbarlo, atentos solo a medros temporales y a regalos de esta vida, única en que verdaderamente creían.

Los fariseos, aunque se les oponían en las doctrinas, y en los ideales políticos, tendiendo hacia la independencia de Israel, y por tanto evitando toda mezcla con el paganismo, pero por otro lado, como necesitaban muchas veces del apoyo de los amigos de Roma para sus litigios y cuestiones, mientras dependiesen de los Romanos, no tenían más remedio que acomodarse a los que por sus riquezas y por sus puestos elevados dominaban en Judea y tenían influencia en Roma.

A su vez los saduceos, escépticos y carnales, aunque no buscaban más que su propio regalo, el dinero y el placer, pero para conservarse en sus puestos y no ofender al pueblo, transigían con las doctrinas de los fariseos.

Por donde resultaba entre unos y otros una continuada tregua o federación de maldad, asentada en la base de mutuas condescendencias. El fariseo era el partido patriota. El saduceo el partido romano, contento con una sombra de independencia, que no perturbase sus negocios, ni sus comodidades; dispuesto a plegarse a todas las circunstancias con tal de sacar de todas el mejor partido posible.

En cuanto a su doctrina, «los saduceos, dice Josefo, no aceptan como regla de conducta sino lo que está escrito, y no se sujetan a las tradiciones de los antiguos. Pretenden que no hay que observar sino la ley, y que es honroso contradecir a los maestros de sabiduría». Y aunque algunos Padres, guiados acaso por este texto creían que solo admitían el Pentateuco, parece más cierto que admitían toda la biblia, a diferencia de los Samaritanos.

Fuera de eso, profesaban muchos errores. Según los Actos de los Apóstoles, «los saduceos dicen que no hay resurrección, ni ángel, ni espíritu», solo admitían como espíritu puro a Dios. Según Josefo negaban el destino y que Dios tuviese ninguna intervención cuando uno obra el mal o se abstiene de él. Mucho menos admitían la providencia de

Dios sobre las naciones, y por tanto sus designios sobre el pueblo judío. Con lo cual destrufase del todo la idea del Mesías, en quien ni creían ni esperaban. De ahí su moral hecha para sacar todas las ventajas posibles de esta vida, y su política reducida a plegarse a la situación para obtener los mayores provechos posibles. Suelen decir que el rico Epulón que Jesucristo pintó enfrente de Lázaro el leproso, era un tipo de Saduceo. No va mal pensado, porque tales como él debían ser en general todos.

Grandes e interminables eran sus disputas con los fariseos acerca de los ritos y del culto. Los fariseos aducían a cada paso las tradiciones, y por exagerar su importancia descuidaban la ley. En cambio los saduceos despreciaban las tradiciones, y por despreciarlas destruían hasta las prescripciones escritas. Y como no tenían aspiración ni esperanza ninguna fuera de las positivas y sensuales de esta vida, hasta el culto lo manejaban en provecho propio. Ellos eran sin duda los que principalmente mercaban en el templo, y fueron de él expulsados a la fuerza por Jesucristo.

Groseros de espíritu, ni sus ideas podían ser muy delicadas, ni sus objeciones muy sutiles. Y buena muestra dieron del embotamiento de sus inteligencias, y poca delicadeza de sus espíritus en la objeción que presentaron este día a nuestro delicadísimo Maestro. Dice así el Evangelio:

«Se acercaron a él algunos saduceos, que dicen que no hay resurrección, y le dijeron:

«—Maestro, Moisés nos escribió que si el hermano de uno muere y deja su mujer, y no deja hijos, su hermano se case con su mujer, y dé descendencia a su hermano. Pues bien, había entre nosotros siete hermanos, casóse el primero y murió, y sin tener hijos dejó su mujer para su hermano. Mas también el segundo se casó con ella y murió, también sin dejar hijos. Casóse con ella el tercero también. Y del mismo modo fueron casándose todos los siete y murieron sin dejar hijos. Por fin murió también la mujer la última de todos. Ahora, pues, en la resurrección ¿de quién será esta mujer? Porque todos siete estuvieron casados con ella».

Es claro que este caso no sucedió; era una ficción chusca inventada por la insolente fantasía de aquellos saduceos

sensuales y epicúreos, que debieron figurarse que con tan estupenda invención iban a confundir a aquel divino y dignísimo Maestro que había confundido tantas veces a los fariseos, mucho más doctos y sutiles que ellos. A la grosera fabuleja de los saduceos contestó el discretísimo Señor con una respuesta desdeñosa que los dejó bien callados y corridos si tenían vergüenza y decoro. Porque les dijo:

«—Estáis errados, porque no conocéis ni las Escrituras ni el poder de Dios. Los hijos de este siglo toman esposas y son tomados por esposos. Mas los que sean estimados dignos de aquel siglo y de la resurrección de los muertos, ni tomarán esposas ni serán esposos. Porque ni podrán morir ya; pues serán como ángeles de Dios; serán hijos de Dios, siendo hijos de la resurrección».

En efecto, en el cielo como no se muere, no será preciso multiplicar los hijos, ni por tanto habrá casamiento, como los saduceos pensando groseramente decían. Sino que, al revés de lo que pensaban, que el alma muere, allí vivirán los hombres como los espíritus, hechos *casi-ángeles* (según la palabra griega) y no ya como hijos de hombres, sino, en virtud del segundo nacimiento, que es la resurrección, como hijos de Dios.

¡Qué contraste entre esta respuesta tan espiritual y divina y la pregunta de los saduceos tan animal y rebajada! Buena lección les daba el Maestro.

Ni se contentó con esto. Sino que pasando entonces a los fundamentos de su objeción y al blanco que en ella los saduceos se proponían que era burlarse de la resurrección y del espiritualismo, prosiguió el Maestro:

«—Y por lo que toca a que los muertos resucitan, ¿no habéis leído en el libro de Moisés, en lo de la zarza, cómo le habló Dios diciendo: Yo soy el Dios de Abraham y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob? Ahora bien, no es Dios de muertos, sino de vivos; porque para él todos viven. Luego vosotros estáis muy equivocados».

Oíale algunos escribas y sin duda se alegraron de ver tan breve y contundente refutación de los saduceos. Y apenas concluyó el Señor de hablar, sin poderse contener dijeron:

«—Maestro, has hablado muy bien».

«Y las turbas que le escuchaban se maravillaban de su doctrina.

229. EL MAYOR MANDAMIENTO

(L. 20, 40; Mc. 12, 28-34; Mt. 22, 34-40)

Gozosos los fariseos de que los saduceos hubiesen sido derrotados de este modo, pero más y más empeñados en humillar y vencer al Maestro que tal derroche de sabiduría y discreción estaba haciendo, no dándose por vencidos, juntáronse todos.

Salió de entre ellos uno, legista, no sabemos bien si enviado por los otros o por su propio motivo, o tal vez uno y otro. Había oído las anteriores dificultades, y viendo lo bien que Jesús había respondido, le preguntó, como dice el evangelio, *tentándole*, sí, pero según parece no con mala idea, sino con sincero deseo de saber su parecer sobre dudas que él tenía. Díjole, pues:

«—¿Cuál es el mandamiento grande, el primero de todos en la Ley?»

Era esta, no es la primera vez que lo indicamos, cuestión muy debatida entre los cavilosos fariseos y doctores. A fuerza de discutir la ley, de arrebañar tradiciones y de escudriñar casos, los fariseos y maestros de Israel habían amontonado preceptos y más preceptos que clasificaron de mil maneras. Tantos eran cuantas letras tenía el Decálogo, 613, y unos eran negativos 365, y otros positivos 243, y cada uno daba más valor a unos o a otros, según sus opiniones, concediendo muchos mayor importancia a sus ridículas tradiciones o exteriores ritos, que a los principales preceptos de Dios. Este escriba hace en la narración evangélica el efecto de un sabio de sentido común, que no comprendía porqué se había de dar tanta importancia a las ceremonias exteriores; y cansado de discutir conforme a razón con sus compañeros sin poderlos reducir, viene al gran Maestro y le pregunta la duda que él tiene y sinceramente quiere resolver: «¿Cuál es el gran mandamiento? cuál es el primer mandamiento de la Ley?»

Respondióle Jesús, como se lo preguntaba, con toda nobleza y dijo:

«—El primero de todos los mandamientos es: Oye Israel, el Señor tu Dios es tu Dios. Y amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón y de toda tu alma y de toda tu mente y de todo tu poder. Este es el gran mandamiento y el primero de todos. Y el segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a tí mismo. Mayor que éstos no hay ningún mandamiento. De estos dos mandamientos pende toda la ley y los profetas».

Es decir, estos dos mandamientos son el fundamento, la vida, el cimiento, el sostén de todo lo que enseña la Ley y los Profetas. A esto se reduce toda la doctrina divina de la Escritura.

Mucho agradó al escriba que preguntaba, esta sencilla y sólida respuesta, tan lejana de las cavilosas farisáicas, y dijo al Señor:

«—Bien dices y con verdad, que no hay más que un Dios, y no hay otro fuera de él, y que se le ha de amar con todo el corazón, con todo el entendimiento, con toda el alma y con toda fortaleza. Y que amar al prójimo como a sí mismo, es más que todos los holocaustos y sacrificios».

Parecía dar a entender que algunos le habían querido probar esto último sin él admitirlo; y por eso se halló satisfecho de la respuesta obtenida. Y debió decir esto con tal acento de sinceridad, con tal discreción y modo, que «Jesús viendo que había respondido sabiamente, le dijo cariñoso:

«—Tú no andas lejos del reino de Dios».

«Y ya nadie más se atrevió a preguntarle».

No dice el Evangelio nada por donde podamos conjeturar si después de esto siguió todavía el Maestro en Jerusalén, hablando y haciendo todo lo que inmediatamente vamos a referir. Parecen, sin embargo, las que faltan demasiadas cosas para un día. Y más si consideramos que Jesús como pernoctaba en Betania, nunca llegaría a Jerusalén sino bien entrada la mañana y casi mediodía, al paso que tendría que retirarse a tiempo de Jerusalén para llegar al anochecer a comer en Betania.

Por eso parece que se puede interpretar que esa frase que pone aquí San Lucas: «Ya nadie se atrevía a preguntarle más» indica el silencio absoluto a que aquel día redujo

nuestro Maestro a sus adversarios, obligándolos a una definitiva retirada. Ni aquella tarde ni al día siguiente, se atrevió nadie a preguntarle más.

El Salvador, sí, preguntó como veremos, y les habló para confundirlos una vez más y maldecirlos definitivamente. Mas esto lo debió hacer al otro día, según parece más verosímil.

MIÉRCOLES SANTO

230. CUESTIÓN DE JESÚS A LOS FARISEOS

(L. 20, 41-44; Mc. 12, 35-37; Mt. 22, 41-46)

Llegado, pues, a Jerusalén el Maestro en la mañana o casi mediodía del miércoles, iría como los otros días al templo, en el cual pasaba todas sus horas, predicando, enseñando y respondiendo a la manera oriental y judía, como lo solían hacer y lo harían aquellos mismos días los otros rabinos, unos de Jerusalén y otros de fuera venidos para la fiesta. Para ello daba mucha facilidad lo amplio del templo, lo espacioso de sus atrios, y la innumerable muchedumbre que venida de todas partes en aquella semana por ellos circulaba.

Y como se decían tantas cosas en general del Mesías que era esperado por toda la tierra, y en particular del que se daba por tal, del Nazareno, del gran Maestro, del Rabino insigne que hacía frente a todos los demás rabinos y más aún a los que parecían invencibles, a los sapientísimos fariseos, naturalmente había mucha afluencia de gente ávida de escuchar al gran Evangelista, al insigne Taumaturgo, al irrefutable Maestro.

Estaba, pues, enseñando ya, según refiere el evangelio a la gente, cuando se le fueron juntando lo mismo que los días anteriores, los fariseos, para oírle, y más para cogerle en algunas palabras. Jesús, viéndolos reunidos, aprovechando tan hermosa ocasión, y viendo que no le preguntaban ellos nada, preguntóles él, y con suma sencillez, pero con divina sabiduría, deseoso, más bien que de vencerlos de convencerlos y convertirlos, les dijo:

«—¿Qué os parece del Mesías? ¿de quién es hijo? ¿de quién dicen los escribas que es hijo?

»Dícnle: De David.

»Repuso entonces Jesús y dijo:

»—Entonces ¿cómo David inspirado por el Espíritu Santo le llama Señor? Porque el mismo David en el libro de los Salmos, dice: *Dijo el Señor a mi Señor, siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos como escabel de tus pies*. Si pues David le llama Señor ¿cómo es hijo de David?

»Y nadie le podía dar respuesta, ni desde entonces se atrevió a preguntarle más nada. En cambio la turba numerosa le oía con mucho gusto».

Realmente era difícil la respuesta, o mejor dicho, no era difícil, porque con decir que Jesús era Dios, como él se lo había probado otras veces, con confesar que Jesús, en cuanto Dios, había existido mucho antes que David y que Abraham y que todos ellos, según también otra vez expresamente les había asegurado, cuando quisieron apedrearle por ello, tenían la respuesta. Sino que esto era precisamente lo que ellos no querían confesar. Y prefirieron pasar por ignorantes antes que confesar que Jesús era Cristo, Mesías y Dios.

Si hubieran sido humildes y rectos, o hubieran entendido, o al menos hubieran preguntado al mismo que les ponía la dificultad, y él les hubiera explicado, lo que ya otras veces de un modo o de otro les había dicho. Es a saber, que él era Dios, Hijo de Dios consustancial con el Padre Eterno, y al mismo tiempo hombre, Hijo del hombre, encarnado en cuerpo humano. Como Hijo del hombre era descendiente e hijo de David, nacido en Belén y de familia de Belemitas, descendientes de David; como Hijo de Dios era Señor de David, Dios de David, Señor del mundo como lo era Jehová, por lo cual el Salmista Rey pudo muy bien decir aquella frase ininteligible de otro modo: «Dijo el Señor a mi Señor» es a saber. Dijo el Padre que es mi Señor a su Hijo, que también es mi Señor como su padre: Siéntate a mi derecha... Pero ¿preguntar nada los fariseos a aquel hombre?...

Y acaso por eso, porque los fariseos no le querían reconocer como Señor suyo, el Maestro sumamente oportuno

y discreto les añadió la segunda parte del texto en que les advertía, como de paso, que los que fuesen sus enemigos, como ellos se obstinaban en serlo, habían de ser escabel de sus plantas, y tendrían que reconocerle algún día como su rey: «Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos como escabel de tus plantas».

Fuéronse todos o acaso se quedaron allí mudos e hipócritamente respetuosos. Mas el Señor antes de terminar su vida mortal, y reducirse al silencio a que había de reducirse durante su pasión, quiso, como podía, poner su última sanción a las inexcusables rebeldías y obstinada perversidad de los fariseos, y como lo había hecho en otra ocasión, que recordarán los lectores, así también ahora pronunció, aunque más severamente otra invectiva. En ella ciertamente repite cosas que entonces también dijo; pero esto nada tiene de extraño, si consideramos que ahora como entonces eran los mismos el reprobador y los reprobados.

231. MALDICIONES CONTRA LOS ESCRIBAS Y FARISEOS

(L. 20, 45-47; Mc. 12, 38-40; Mt. 23, 1-39)

«Entonces, dice el Evangelio, se dirigió a sus discípulos, delante de todo el pueblo, y les dijo según su doctrina:

«—En la cátedra de Moisés se sientan y leen los escribas y fariseos: Haced, pues, y guardad todas las cosas que os digan; pero no hagáis lo que ellos hacen.

»Guardaos de los escribas. Porque lán cargas pesadas e insoportables, y las ponen sobre los hombros de los hombres; y ellos no las sostienen ni con el dedo.

»Y todas sus obras las hacen para ser vistos de los hombres. Les gusta andar con vestidos largos, dilatan sus filacterias y alargan las borlas de sus mantos. Buscan los primeros asientos en los banquetes, las primeras sillas en las sinagogas, ser saludados en las plazas y ser llamados rabinos por los hombres.

»Vosotros no os llaméis rabinos, porque uno sólo es vuestro maestro, y vosotros todos sois hermanos. Ni llaméis, padre vuestro en la tierra a nadie; porque uno solo es vuestro padre, el que está en los cielos. Ni os llaméis maestros, porque uno solo es vuestro maestro, el Cristo.

«El mayor entre vosotros sea vuestro servidor. Y el que a sí mismo se ensalce, será humillado, y el que a sí mismo se humille será ensalzado».

Tal fué el exordio de la tremenda invectiva que va a seguir. La cátedra de Moisés se entendía el puesto de autoridad, sea en las sinagogas, sea principalmente en el sanedrín, desde el cual los escribas y fariseos ejercían la autoridad de Moisés, enseñando su ley al pueblo, y explicando la doctrina tradicional a los israelitas. El pueblo acataba su autoridad, y hasta los saduceos, por lo menos externamente la reconocían, porque así les convenía. También el Salvador aconseja que sigan su doctrina, eso que debía ser mucho más estrecha que la de Moisés; pero convenía mantener el principio de autoridad, mientras no mandase cosas ilícitas y quedase abrogada la ley antigua. Por eso dice: haced lo que os digan.

Pero sus obras eran bien distintas de sus palabras, y por tanto bien indignas de ser imitadas, y por eso dice: no hagáis lo que ellos hacen.

No seáis soberbios como ellos, ni queráis usar títulos de honor como ellos.

No por lo que aquí dice se debe mirar mal el que el pueblo cristiano apellide doctores, y padres a sus directores y maestros en la fe. Ni se ha de entender lo que dice Jesucristo a la letra, sino según el espíritu. Es a saber no debe ni el sacerdote y ministro del Altísimo, ni nadie desear por soberbia ser llamado padre, maestro, ni otro ningún título de honor. Pero si el pueblo los llama así, no por la reverencia debida a la sabiduría o autoridad de sus personas, sino por su ministerio y representación, en atención a Jesucristo de quien son representantes, no se ha de pensar que está mal hecho. Y en este sentido el mismo San Pablo se llama Maestro y Padre de los que ha convertido a la fe, y siempre la Iglesia ha llamado Padres a los que en nombre y con la autoridad de Cristo nos instruyeron en las tradiciones santas, cuya explicación el mismo Señor les había encomendado.

Puesto este solemne pero enérgico exordio, y cuando tal vez la plebe creía que ya no tenía más que decir a los fariseos, y acaso éstos recocían en sus corazones llenos de